

Oración conjunta:

Danos entrañas de misericordia
frente a toda miseria humana.

Inspíranos el gesto y la palabra oportuna
frente al hermano solo y desamparado.

Ayúdanos a mostrarnos disponibles
ante quien se siente explotado y deprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto
de verdad y de amor, de libertad,
de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando.

Que quienes te buscamos sepamos discernir
los signos de los tiempos
y crezcamos en fidelidad al Evangelio;

que nos preocupemos de compartir en el amor
las angustias y tristezas,
las alegrías y esperanzas
de todos los seres humanos,
y así les mostremos tu camino
de reconciliación, de perdón, de paz...

(Tomado de las plegarias eucarísticas Vb/Vc)

Bendición y canto

Salve Regina

La oración final a María se puede anteceder de este pensamiento de la Buena Madre:

*María es y será siempre nuestra protectora,
nuestro apoyo, tendremos siempre parte de
los afectos de su corazón.*



Contemplar la realidad

Adoración con la Buena Madre

23 de noviembre de 2015

Introducción

Conmemoramos un año más a la Buena Madre, Enriqueta Aymer, fundadora junto con el Buen Padre de nuestra Congregación de los SSCC.

Nuestros Fundadores vivieron tiempos de cambio que les impulsaron a dar una respuesta de Dios a la realidad. Quizás ese es el rasgo que queremos hoy destacar de la Buena Madre: que fue una mujer de realidad. No se perdió en ideas; tampoco en subjetivismos. Sino que fue capaz de discernir la realidad y darle respuesta.

Quizás en eso es en lo que nos puede interpelar a nosotros, sus hijos e hijas, doscientos años después.

Exposición y canto

Una realidad herida

Al mirar la realidad nos encontramos con mucho dolor. Cerca y lejos, ocurren grandes violencias que nos llegan por los medios. Otras son más calladas, menos públicas. También son reales nuestros propios dolores, las heridas de nuestra vida personal, de nuestra Congregación. También para la Buena Madre, que decía:

Dios mío, cuántas penas, cuántos sufrimientos, cuántas inquietudes... Caigo bajo la carga y no tengo ánimo de decir "heme aquí". Es preciso decir tantos "hágase" que estoy desolada. Camino entre tantas gracias del Señor y entre tantos problemas y

sufrimientos que mi corazón recibe a cada instante como nuevas heridas. Ya no soy yo quien lleva la cruz, es más bien la cruz que me lleva.

Hagamos un momento de silencio para mirar lúcidamente el dolor de nuestro mundo. Después, cada uno puede traer (es suficiente con una palabra o un nombre) las realidades sufrientes a nuestra oración.

(Silencio)

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera. (Mt 11)



Los signos de la Novedad que llega

La realidad, el mundo, la Historia... son también el lugar de la presencia de Dios. La Buena Madre era capaz de verlo en medio de su día a día. La propia Congregación (con sus imperfecciones), se le muestra efectivamente como «necesidad» para Dios y su proyecto del Reino:

Ya no es solamente la Santísima Virgen que quiere nuestra orden: ha llegado a ser una necesidad para el corazón de Dios, tan grande es su misericordia con nosotros.

Miremos a nuestra realidad, sabiendo que Dios no está tanto en nuestros logros y perfecciones, como en su fidelidad y su misericordia:

A medida que aumenta el sentimiento de nuestra miseria y de nuestra indignidad, las gracias de Dios se multiplican.

Contemplemos, por tanto, los signos de que el Reinado de Dios llega, y alabemos a Dios y démosle gracias.

(Silencio)

El mismo Dios que mandó a la luz brillar en la tiniebla, iluminó vuestras mentes para que brille en el rostro del Mesías la manifestación de la gloria de Dios. Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús. Continuamente nosotros, los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. (1 Cor 4, 6-10)



Compartimos nuestra oración